

IV

Un tercero en discordia

Al siguiente día, sábado de Dolores, cuando don Teodomiro llegó al Hospicio para dar á Joaquín la lección acostumbrada, halló á su pobre amigo sumido en dolorosa postración.

—¿Qué te pasa, hijo? le preguntó con tierna solicitud.

—¡Soy un desgraciado! repuso el joven lanzando hondo suspiro.

—¿Por qué, Joaquinillo?

—Hace tiempo deseaba depositar en el corazón de usted este secreto. Necesito desahogarme con alguien, no es posible guardar para mí solo tantas penas.

—Ya sabes cuánto me intereso por tí; á nadie mejor que á mí puedes hacer “depositáreo” de tu confianza. Dime lo que te sucede, á ver si tiene remedio.

—Estoy perdidamente enamorado de Berta.

—Esa no es una novedad: amor, dinero y cuidado, nunca son disimulados. No hay quien no conozca tu secreto en todo el “Hospíceo.”

—Sí, señor; pero no es eso lo que me affige, sino que ella no me quiere.

—¿Te lo ha dicho ya? ¿Le has declarado tu “inclinación?”

—Sí, y me ha dicho que sólo me quiere como amigo.

—¿No es más que eso?

—Hay algo más que me atormenta con suma crueldad el corazón; y es que quiere á otro.

—¿Estás seguro de ello? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? No he oído hablar de ese noviazgo, y en el “Hospíceo” todo se sabe.

—Nadie me lo ha contado; lo sé por mí mismo. Los enamorados adivinamos los pensamientos del ser querido. ¿Sabe usted quién es el preferido de Berta? Pues es Grimm, el violinista que figuró en la orquesta del “Stabat Mater.” Las sospechas que desde hace tiempo me atormentaban, las ví confirmadas anoche, al notar las miradas que ella y él se dirigían.

—Hijo, no hay que llevarse de las apariencias; he notado que el alemán tiene ojos de borrego degollado. A mí mismo me ve como si se estuviera muriendo. Por lo que hace á Berta, conocida es la dulzura de los suyos.

—No, maestro, estoy seguro de lo que digo: se veían entre sí como no ven á los demás. Me lo dice el corazón.... Por otra parte, al terminar el concierto, presencié otro incidente. Berta llevaba una gardenia muy hermosa prendida en el corpiño, al lado del corazón, y, cuando

hubo concluído el concierto, después de una larga mirada cruzada con el alemán, la desprendió de su talle, y, con aparente descuido, la dejó caer á sus pies. Ver esto y acercarse Grimm á recogerla, fué obra de un momento. Sin duda él se la había pedido por medio de alguna seña, y ella se la otorgó....

Gómez y Pérez quedó consternado.

—En ese caso, la cosa no tiene remedio, repuso. ¿Quieres salir de aquí? Eso sería lo mejor.

—De mil amores, maestro, y marcharme muy lejos, hasta el polo, donde no vuelva á saber nada de ella.

—Pues ¡mira qué casualidad! salgo esta misma tarde rumbo al Occidente. Voy á llevar mi orquesta á Tepic, para tocar el Domingo de Pascua la misa de Luna en la "iglésea" mayor. ¿Quieres formar parte de la "expedición?"

—Mil veces sí, don Teodomiro, exclamó Joaquín con arrebatado entusiasmo.

—Te advierto que el viaje será poco lucrativo; pues en este país nadie sabe pagar el arte. Tendrás los gastos de ida y vuelta, y como treinta pesos libres de polvo y paja á tu regreso. Volverémos, Dios mediante, dentro de un mes ó poco más.

—Es un dineral para mí; nunca he ganado tanto. Sería capaz de ir de balde, con tal de salir de este purgatorio.

—Lo comprendo, hijo, repuso el viejo. No tengo para qué decirte una cosa por otra. Berta es una joven de lo más lindo que ha creado Dios, y tal vez la más encantadora de cuantas he conocido. Además, es tan buena como un ángel, tan pura como una gotita de agua y tan artista como las "divas" más espléndidas.

—Lo sé, lo sé, exclamó Joaquín exasperado. Eso es lo que me atormenta: que valga tanto y no sea para mí. ¿No es verdad que tengo razón para desesperarme?

—Para sentirlo sí; para desesperarte nó: voy á decirte por qué. ¿Sabes cuántas mujeres hay en el mundo?... No, ¿verdad?... Pues ni yo tampoco; pero dicen que son tantas, que nos tocan á razón de siete y "médea" por barba. ¡Conque ya verás si tienes donde escoger! Todo será que salgas de estas cuatro paredes. Cuando comiences á ver tantos ojos hermosos y tantas boquitas de rosa como hay por esos mundos, vas á quedar encandilado, sin saber qué hacer para elegir, y, sobre todo, para conformarte con una sola mujer. ¿Con cuál te quedas y cuál dejas?... Vas á verlo: es muy molesto eso de tener que prescindir de seis y "médea."

Joaquín se contentó con mover la cabeza repetidas veces, en forma negativa.

—¿Que nó? Ya lo veremos. Yo también así lo decía cuando tenía tus años. Aquí donde me ves tan viejo y feo, tuve

mis buenas fortunas. Mis primeros amores fueron románticos. Me prendé de una prima muy guapa, y fui correspondido. Desgraciadamente me prendé también de su hermana, y como aquello no podía ser, tan pronto como fué conocido mi doble juego, recibí dobles calabazas, y muy merecidas por cierto; pero el hecho fué que me quedé sin una y sin otra. Entonces caí en la cuenta de que mis "inclinaciones" eran desenfrenadas, y me propuse no casarme nunca, para no hacerme desgraciado á mí mismo, ni hacer desgraciada á una tercera persona. Y he pasado la vida á mis anchas, sin contraer compromiso con nadie, y aprovechando todas las buenas oportunidades que la suerte me ha deparado. Te aseguro que las mujeres que me han gustado y me han correspondido, pasan de las siete y "medea" que de derecho me corresponden. De seguro habré dado sobre las "porceones" de algunos de mis prójimos. Y aun me parece poco, porque para eso de la hermosura, como es cosa de arte, soy "insaciable." El mejor "corretivo" que hay para las "paseones" volcánicas, es querer á todas las jóvenes guapas que se hallan al paso. Hay que adorar á la mujer en lo general, muchacho, no seas "sándeo," no á una mujer determinada; á la mujer "asoluta," y en lo "asoluto." Así lo han hecho todos los grandes artistas. . . . Yo,

en ese particular, lo mismo que en todo, sigo los ejemplos de los grandes "maístros." Paganini, el gran "veolinista," tuvo amores con todas las mujeres con quienes tropezó en su camino. De tiempo en tiempo, perdíanle de vista sus amigos, porque andaba en chicoleos con diferentes beldades; algunas veces con mujerzuelas de tres al cuarto, otras con princesas y damas de "alcúrnea" muy elevada. Cuéntase que una "ocaseón" se estuvo dos años cautivo de una condesa en un castillo "señoreal" de "Itálea."

Joaquín no oía palabra de cuanto iba diciendo su maestro, absorto en su idea fija; así que, interrumpiéndole de pronto, le hizo una observación inconexa.

—Para ir con usted, dijo, necesito permiso de sor Ignacia.

—Es verdad, repuso don Teodomiro, bajando del encumbramiento de sus citas y recuerdos á la prosaica realidad del momento; pero eso corre de mi cuenta. Y para que cerremos este capítulo de una vez, voy ahora mismo á hablar con la superiora.

No puso objeción sor Ignacia á la solicitud de Gómez y Pérez; solamente le recomendó velase por la salud del cuerpo y del alma del joven, por ser un adolescente todavía, y no tener experiencia en las cosas del mundo. Por lo demás, agradábale, dijo, comenzase Joaquín á entrar

en las corrientes de la vida, para que fuese aprendiendo á valerse y conducirse por sí mismo.

—Pierda usted cuidado, repuso el maestro, le veré como á mi "própeo" hijo; y crea que no hay en esto "esageración," pues lo quiero como si le hubiera echado al mundo. Vale mucho el muchacho; ya verá qué músico vamos á sacar de él: ejecutante, virtuoso, compositor, todo ha de serlo.

—Ojalá, don Teodomiro, repuso la superiora; Dios los lleve á ustedes por buen camino, por donde no hagan daño ni se lo hagan.

—Amén, glosó Gómez y Pérez con tono semiserio y semibromista.

Aquella misma tarde emprendió el "maestro de Capilla" con su ejército de profesores, el camino para Tepic, á donde contaba llegar al fin de la siguiente semana. Montados en jamelgos alquilones, flacos, trotones y con pésimas monturas, iban correteando y haciendo escarceos por el campo, y tan contentos y alborozados, como si hubiesen ido á la conquista del mundo. Los instrumentos enfundados y acomodados á la grupa de las caballerías, que llevaban, les daban el aspecto de gente de armas y tremebunda; y ciertamente que por tales los tomaban los rústicos, quienes tenían por averiguado que aquellas cajas de oscuro tafílete

cerradas con broches metálicos, contenían instrumentos terribles de matanza, y no dulces violines, violas gemebundas, briosos cornetines y constipados clarinetes. Dejémoslos continuar su camino satisfechos, jubilosos y en constante gresca, y volvamos los ojos al Hospicio, donde se realizan acontecimientos dignos de mención.

La tarde misma en que salió de Fópoli el grupo encabezado por don Teodomiro, llegó á la Casa de Caridad un caballero de aspecto nada común, no por lo hermoso, sino por lo extravagante y singular, manifestando deseos de hablar con la superiora. Estéfana le introdujo al recibidor, le invitó á tomar asiento, y fué luego á llamar á sor Ignacia, quien no tardó en presentarse.

—¡Hola! don Arcadio, dijo la religiosa al ver al sujeto; ¿tanto bueno por acá?

—Sí, madre, aquí me tiene para darle una molestia.

—¿En qué puedo servirle?

—Va usted á oírlo al momento.

La religiosa le miró con atención, como si quisiese penetrar sus pensamientos. Don Arcadio Contreras y Espinosa, que así se llamaba el desconocido, era un anciano robusto, de edad indefinible, que fluctuaba entre los sesenta y los setenta años, bajo de estatura, trigüeño de color, de pelo y barba más blancos que

grises, ojos verdosos, y roja, corcovada y abultada nariz. Vestía un terno de casimir de pésimo gusto, y llevaba gruesa cadena de oro que le bajaba desde el cuello hasta la bolsa del reloj, semejante á la dorada cuerda que por Semana Santa, se echa al cuello del Divino Preso; zapatos sin lustrar y un hongo de alas desmesuradas que en la mano oprimía. Tenía el aspecto de un campesino endomingado, mal vestido y sumamente incómodo con las prendas de ropa que llevaba encima; y eso era en efecto, pues don Arcadio había pasado la vida en los barbechos y dehesas, y poco se le alcanzaba de los gustos y modas de la ciudad. Tiempo hacía que sor Ignacia le conocía, por ser uno de los bienhechores de la casa, siendo ese el motivo de haberle recibido con deferencia. Era buen hombre, inocentón, testarudo y con ribetes de original.

—El asunto que vengo á comunicar á usted, dijo, es que ando queriendo matrimoniarme.

—¿Cómo así, señor Contreras, á sus años?

—Precisamente porque soy viejo; necesito tener quien me cure y cuide.

—Usted lo habrá pensado....; no tengo para qué darle consejos.

—Lo he pensado, madrecita; pero sólo desde anoche.

—¿Cómo así? exclamó asombrada la superiora.

—Como un rayo me ha llegado la idea; ni más ni menos.

—¿Y con quién piensa hacerlo?

—No sé todavía cómo se llama la persona; usted me lo va á decir.

—No entiendo palabra de lo que me está usted contando, repuso perpleja la superiora.

El señor Espinosa sonrió con malicia.

—Es cosa de sorpresa, no lo niego, prosiguió; pero sé lo voy á declarar para que vaya cayendo en la cuenta. Vine anoche al concierto, y se me ha metido lo loco con una de las mancebitas del coro. ¡Haya cosa! Jamás me había pasado esto. El caso es que no he dormido en toda la noche. Esta mañana me levanté muy de madrugada, y después de darle vueltas al asunto, pensé que era inútil estarme devanando los sesos, cuando la cosa tiene tanto remedio, y me dije “vamos á ver á sor Ignacia, para contarle lo ocurrido y ver qué es lo que me aconseja.”

—Voy de sorpresa en sorpresa.... Pero antes de pasar adelante, necesito saber de quién se trata.

—Voy á decírselo; la mancebita es del Hospicio, podrá tener unos veinte años, y andaba “regüelta” con el coro.

—Son tan vagas las señas, que no me sacan de dudas. ¿No puede mejorarlas?

—Aguarde. . . puede que sí. Ahora recuerdo que traiba un vestido de color de sangre de toro; no se me ha despintado. No había otro como el suyo en toda la reunión.

Sor Ignacia reflexionó unos instantes. ¿Se trataba de Paulina? Recordaba perfectamente que se había empeñado en hacerse el traje que le obsequió para el concierto, con aquella tela chillona.

—¿Morena? interrogó para mayor seguridad.

—Apiñonadita, sí, madre.

—¿De ojos negros, muy vivos?

—Ansina es.

—Inquieta, alegre y llena de movimiento?

—Esa es la cosa.

—En tal caso se trata de Paulina, concluyó sor Ignacia pensando en voz alta.

—Bonito nombre, agregó don Arcadio; se lleva muy bien con su buena presidencia.

—Pero, señor, prosiguió la superiora con tono serio, esto no tiene forma. . . . No conoce usted á la joven, ni puede saber si le conviene.

—Me conviene, me conviene; de eso sí estoy seguro. . . .

—Debo ser franca, porque estimo á usted de veras. Ha puesto los ojos en la joven menos. . . . ¿cómo diré? . . . menos á propósito para ser su esposa.

—¿Por qué, madre?

—Porque es demasiado joven, y, además, traviesa, ligera y superficial. Usted necesitaría una mujer de edad, seria y juiciosa.

—Las viejas no me cuadran ni "pa" remedio.

—Una de esas sería la que le convenría; ésta es una niña muy alocada.

—Al fin muchacha. ¿Quién había de aguardar que á sus años "juera" como un camposanto? Todo eso lo remedia el estado. Los trabajos del "matrimonio" son muy "juertes" y ponen serias hasta á las más descosidas; he conocido mancebitas muy "regustas," que á la primera criatura han colgado el pico.

—Según y conforme, don Arcadio; hay algunas que siguen lo mismo, ó tal vez peor después de casadas, y temo que Paulina sea de ese número.

—Eso no lo podemos adivinar, ni usted ni yo.

—En fin, interrumpió la religiosa impaciente, no tengo para qué hacer á usted advertencias.

—No crea que no se las estimo; pero todo lo tengo reflejado.

—De lo que puede usted estar seguro, es de que es imposible que ella le quiera. . . ., porque no puede ser.

—Ya lo veremos; por hoy me conformo con que no me diga que nó.

—Va á decir que nó.

—Quien quita y usted se equivoque.
—Veo que está decidido.... ¿Y qué desea de mí?

—Que me “premita” hablar con ella para hacerle la propuesta.

—Pero, señor Espinosa....

—Soy de confianza y no me la he de robar.

—Ya se ve, dijo la superiora sonriendo, pues, en efecto, no le veía trazas de raptor.

—No le irá tan mal conmigo, madre, porque no estoy á un pan pedir.... Podrá salir del Hospicio, y le cumpliré todos sus gustos: déjeme ver lo que dice.

Sor Ignacia reflexionó que Paulina era ya una mujer formada y capaz de resolver el caso por sí misma; que, después de todo, siendo huérfana, pobre y sin familia, podría ser aquella una buena salida para su situación; y, sobre todo, que carecía ella, la madre, de derecho para ocultarle aquella proposición, por más ridícula y descabellada que fuese.

—Está bien, repuso; puesto que usted se empeña y lo ha pensado bien, voy á llamarla.

Y habiendo dado órdenes para que la hiciesen venir, no tardó en presentarse la joven, fresca, risueña y llena de picardía.

—¿Para qué soy buena, madre? dijo sin pizca de encogimiento al entrar como una racha en el aposento.

—Te presento á este caballero, dijo la superiora por vía de respuesta; don Arcadio Contreras.... Paulina....

—Para servirle....

—Servidora....

Sor Ignacia continuó:....

—El señor tiene un negocio que tratar contigo; los dejo solos para que hablen: volveré dentro de un rato....

Los interlocutores se miraron de hito en hito al quedarse solos; y Paulina, poco satisfecha de la figura que tenía delante, se dijo para sus adentros: “¿para qué me necesitará este viejo tan raro?” Don Arcadio, por su parte, pensó para sí: “es mejor la mancebita de cerca que de lejos: me cuadra, y me rete cuadra.”

—Usted dirá, comenzó Paulina abrupto.

—Voy al grano, niña; no tengo para qué andarme con rodeos.

—Sí, señor....

—Anoche la conocí en el concierto, y me ganó la voluntad porque parece usted una estrellita de oro. He trabajado mucho durante mi vida y no estoy tan tirado á la calle que digamos. ¿Y para qué quiero el dinero así como estoy? No tengo padre, ni madre, ni perrito que me ladre; soy solo como el dedo, y no quiero morir-me sin que haya una alma caritativa que me dé un trago de agua....

Paulina comenzó á comprender de lo

que se trataba, y su primer movimiento fué el de la indignación. ¿Cómo! ¿Aquél, pobre señor?... Pero se reprimió y siguió oyéndolo con interés..... Después de todo, si tenía buen capital..... Su lenguaje y su facha eran atroces; pero eso era lo de menos. ¿Quién era ella? No era nadie. Las cosas se debían tratar así. Ni por un momento se le ocurrió pensar en Gustavo y Prudenciano; por ellos no había el menor obstáculo. Era demasiado pobre para pararse en pelillos.

—No comprendo, respondió tranquilamente después de breve pausa.

—A eso voy. Se lo comuniqué á sor Inacia y le pedí permiso para ver á usted. Me puso algunos reparos, pero, al fin me dió la venia de hablarle.

—¿Con qué objeto, señor?

—Para hacerle una propuesta.

—¿Cuál?

—La de que nos amparemos. Usted es huerfanita y pobre; yo solo y con algún dinerito. Usted me ampara, y yo la amparo: la cosa sale bien. ¿Estamos conformes?

—¿Qué es eso de ampararse? preguntó Paulina por decir algo.

—Casarse, niña; claro lo dice el vocablo.

La joven no pestañeó.

—No sé quién es usted, repuso con sequedad.

—Puede informarse con quien quiera. Mi rancho se llama "Las Escaleras," por tanto cerro como tiene, y está cerca de Ameca..... á la derecha del camino, como vamos para el pueblo.

Paulina reflexionó un instante frunciendo el gracioso y fino entrecejo. ¿Que pensaba? ¿que podía tener hacienda si quería? ¿que estaba en su mano hacerse rica de un momento á otro? Si no era eso, deben haber sido, de todos modos, cosas muy prácticas, pues á poco preguntó:

—¿Eso es cierto?

—Ni tanto, niña, repuso don Arcadio; como que se trata de un sacramento.

—Siendo así, lo pensaré. ¿Le parece?

—Con tal que no lo piense mucho, porque soy reteviejito y no tengo tiempo que perder.

—No; para eso no necesito más que unos cuantos días.

—En ese caso, nada más en el orden.

Cuando volvió sor Ignacia, veinte minutos después, los halló conversando con la mayor naturalidad, y á la primera ojeada, por el aspecto de ambos interlocutores, comprendió que Paulina no había rehusado la propuesta.

—Parece que nos vamos entendiendo, dijo don Arcadio.

—¿Cómo así? preguntó la superiora con disgusto.

—Quedamos en que esta niña se pensa-

rá toda la Semana Santa, y que volveré el lunes de Pascua á recibir su contestación.

Paulina inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Conque ansina, me despido, dijo Contreras levantándose, pues ya concluyó mi negocio.

—Que usted lo pase bien, dijo la superiora con tono áspero.

—Hasta el lunes de Pascua, repitió don Arcadio al marcharse.

Y haciendo dos reverencias torpes y ridículas, una para la madre y otra para Paulina, se alejó de la escena.

—¡Cosa más extraña! quedó diciendo en voz alta sor Ignacia, después de la salida de don Arcadio. Por supuesto, Paulina, acabarás por rechazar la proposición de ese pobre viejo, ¿no es así? Debiste haberlo hecho desde luego para no hacerle concebir esperanzas absurdas. ¿Qué es eso de caer como llovido del cielo á proponerte un matrimonio de puro interés? Muy poca consideración te manifiesta.

—¿Le parece á usted? interrogó fríamente Paulina.

—Pues qué ¿á tí no te lo parece?

—Diré á usted, no tanto; ese señor tiene sus razones y en qué fundarlas. Si no fuese rico, y se hubiese dirigido á una joven de buena posición, habría hecho un disparate; pero como tiene bastante dine-

ro y se dirige á mí, que soy huérfana y vivo de la caridad, no creo que lo cometa.

—¿De suerte que vas á aceptar?

—Aun no lo sé; voy á meditarlo. Desde luego, eso de salir de pobre y del Hospicio de un sólo tirón, me parece una cosa muy grande y muy buena.

—¿Tanta prisa te corre por dejarnos?

La joven no contestó, y sor Ignacia picada, exclamó:

—¿Y tu otro novio?... ¿Y tus otros novios?

—Puras muchachadas, repuso Paulina colérica; á todo el mundo le ha pasado lo mismo. ¡A mí no me diga, madre; todas han sido como yo, ó peores!

Comprendió la superiora que Paulina hacía alusión á ella, como diciéndole: "No puedes tirar la primera piedra, porque tú también debes haber hecho locuras con los hombres, estoy segura de ello;" y, persuadida de que si seguía la conversación por donde iba, podría degenerar en agria y repugnante disputa, aparentó no haber entendido, y terminó diciendo:

—Tienes edad suficiente para saber lo que te haces y disponer de tu suerte por tí misma. A mí lo único que me corresponde es advertirte que un matrimonio en estas condiciones, será altamente impropio y desacertado, porque média entre los dos un mar de años, y la forma en que se inicia el asunto, no es la más á propó-

sito, no digo para que se quieran ese señor y tú, sino hasta para que siquiera se estimen. Si él no lo reflexiona, porque es rústico y atolondrado, tú sí debes pensarlo, porque no te encuentras en el mismo caso. . . . Retírate, pues, y medita; no será malo vayas á la capilla á rezar y pedir consejo á la Santísima Virgen.

Diciendo así, se levantó sor Ignacia para cortar el diálogo, y Paulina se levantó también, pero no para entrar en la capilla, sino para correr á hablar con doña Dorotea, cuya ayuda juzgó precisa en tan críticos momentos.

—¡Gran noticia! díjole al entrar en su limpio cuartito, y tomando asiento en el canapé.

—¿Qué pasa? preguntó la buena señora un sí es no es sobresaltada.

—¡Imagínese! ¡un rico quiere casarse conmigo! exclamó la huérfana radiante de alegría.

Y refirió á la señora López al pie de la letra, la escena acabada de pasar, dejándola estupefacta, no tanto por lo insólito del acontecimiento, cuanto por el impenso y mágico efecto que había producido en su ánimo. La simpática viejecita se permitió hacer sobre tan extravagante suceso, algunas observaciones sumamente discretas; pero como Paulina las rechazó todas con enfado, acabó por

callar, aunque sin dar muestras de asentimiento.

—He venido sólo á pedir á usted un favor, concluyó la joven, como para indicarle que no pedía ni necesitaba amonestaciones ni advertencias.

—¿Cuál? preguntó doña Dorotea, sin darse por entendida del desaire.

—El de que, valiéndose de sus buenas relaciones sociales, se informe usted pronto y con seguridad, de quién es don Arcadio y cuáles son las circunstancias que le rodean; esto es, si es rico á derechas, y cuánto podrá tener, y si de veras es solo, como dice, sin agregados ni pegotes de ningún género.

—Con gusto lo haré; supongo que es persona conocida.

—Parece que sí, porque asegura ser hacendado y los ricos son muy conocidos aquí y donde quiera. Se me olvidaba una cosa muy importante. . . Sírvase investigar también, qué posición ocupa en Colima un señor alemán recientemente llegado á Fópoli. . . .

—Gustavo Schultze, interrumpió sonriendo doña Dorotea, que conocía el nombre, por haber llegado hasta sus oídos envuelto en el rumor de las locuras de Paulina.

—El mismo; no creía que usted le conociese.

—Nomás de nombre. . . .

—Pues me alegro. Finalmente ¿cómo haríamos para averiguar á cuánto podrá montar la fortuna de las “ñatas?”

—¿Cómo las “ñatas?” ¿Quiénes son las “ñatas?”; ¿Qué nombre tan raro!

—¿No las conoce usted? preguntó Paulina soltando una alegre carcajada. Son las “de” Dena, y apoyó la pronunciación en la preposición “de.”

—¿Cómo no! si visito su casa; pero no las conocía por el apodo.

—Es extraño, pues en Fópoli, más las conocen por “ñatas” que por Denas. . . . ¿Podrá usted aclararlo?

—Esto es más difícil que lo otro, porque dicen que la testamentaria de don Arnulfo quedó muy enredada; pero por dar gusto á usted, voy á intentarlo.

—Mucho cuidado, doña Dorotea, no vaya usted á darme malas cuentas con el encargo, concluyó Paulina levantando el índice de la mano derecha en señal de amenaza.

—Pierda usted cuidado, repuso la señora López con cierto tonillo de fatuidad; no quedará usted descontenta de mis gestiones.

La señora López, á pesar de ser tan buena, tenía sus vanidades, y una de ellas consistía, precisamente, como lo dijimos ya, en dárseles de bien relacionada y conocedora de todos los secretos y poridas de las familias.

Cuando se despidió Paulina, se quedó pensando para sí la buena señora:

—Es claro como la luz, el objeto que se propone esta joven, al enviarme á hacer tales correrías. Como acaba de recibir la visita de ese hacendado, desea saber cuánto tienen él y cada uno de sus otros enamorados, para decidirse por el más rico. . . . ¿Qué cosas tan extraordinarias y chocantes pasan en estos tiempos! En los míos, todo era muy diferente. Cuando me casé con el coronel, lo preferí á muchos otros pretendientes adinerados, sólo porque me simpatizó y le quise, y nunca se me ocurrió convertir el matrimonio en negocio.

Sus recuerdos le arrancaron un hondo suspiro netamente romántico, y digno de los años de 30 á 40 del pasado siglo, y la llevaron muy lejos del lugar y la hora presentes, abriendo de nuevo á sus ojos las puertas herrumbrosas de su pasado, que había sido para ella tan brillante como seductor.

VIII

Dimes y diretes

Las excelentes disposiciones de doña Dorotea para ser útil á los demás, nacían